

Vallejo y Pessoa: lo poético, lo político

En 1888 nació el portugués. El peruano, en el 92. En 1935 murió el portugués. El peruano, en el 38. Hombres, por lo tanto, de una misma generación. Habitantes, los dos, de esta Tierra por muy pocos años que fueron, además y como queda visto, prácticamente los mismos. Llamativa coincidencia si se atiende al hecho de que Vallejo y Pessoa no se conocieron. Es más: ni siquiera se sospecharon.

El imán de París bien podría haberlos acercado. Pero no fue así. Cuando Pessoa regresó de Durban, Sudáfrica, a comienzos del siglo XX, ya no volvió a moverse de Lisboa. París, para él, remitía sobre todo a un nombre: el de Mario de Sá-Carneiro. Vallejo, a su vez, nunca supo de la existencia de un poeta de tanta calidad en Portugal. De modo que trabajaron paralelamente y sin confluir jamás. Contra todas las postulaciones de la geometría del deseo, no se encontraron en el infinito. A menos —¿por qué no?— que el infinito sea nuestra conciencia de lectores. De hecho, quien ame la poesía los unirá en su veneración. El amor de un tercero bien puede emparentar a dos desconocidos. El que yo tributo a Vallejo y Pessoa, redunda en estas líneas de homenaje conjunto a dos obras que me dan de vivir. A medida que la crítica aficionada a los paralelos literarios descubra y profundice las sorprendentes correspondencias y los antagonismos complementarios que pueden trazarse entre Pessoa y Vallejo, llevará más lejos y más a fondo lo que estas páginas hoy apenas insinúan.

La segunda mitad de nuestro siglo consagró a los dos. Ese protagonismo indiscutido tiene su elocuente fundamento. Ambos consumaron una hazaña poética al librar a la idea del Yo de los contenidos con que un rígido pensamiento racionalista la venía ahogando desde el siglo XVII.

Más que en el plano de las violentas transgresiones sintácticas y léxicas, esta tarea expurgadora la cumplió Pessoa a través de la creación de sus conocidas figuras heterónimas. Con ellas contribuyó a reconciliar, en la poesía, dos nociones tradicionalmente enemistadas: la de verdad y la de contradicción. Así logró superar tanto el clásico formalismo lógico oriundo de la tradición aristotélica como la drástica polarización entre sentimiento y razón que, con ahinco, cultivó el romanticismo temprano.

Vallejo, en cambio, optó por un léxico rabiosamente personal, vertebrándolo con inigualada sabiduría. De él se valió para transmitirnos la intensidad de su exasperación y de su ternura. El alto voltaje conflictivo de sus emociones se convierte, mediante la puesta en tela de juicio de la sintaxis lírica tradicional, en reflejo de una emoción nueva: la del hombre al que su tiempo condena a desconocerse.

Se trata, pues, de dos sendas distintas. Sin embargo tanto Pessoa como Vallejo las recorren aspirando al logro de un mismo fin: restituir al Yo una densidad perdida en el transcurso de la Edad Moderna y de la que el Medioevo, como hoy sabemos, tuvo

una comprensión menos ingenua. Y digo menos ingenua porque supo reconocer, ante todo, la esencial imponderabilidad de la identidad personal, lo que en ella hay de irreductible al *corset* de las definiciones.

Pessoa ejecuta lo que podríamos llamar un descentramiento autoral. Luego de multiplicar a los «responsables» de cuanto escribe, impide que se identifique, literalmente, al autor de su obra global con una sola de sus voces estéticas. Pessoa se prefiere como un heterónimo más: es decir como alguien posible, verosímil, antes que como alguien real, indudable. Y obliga a encontrarlo antes en su polifacetismo tonal y sentimental que en la presunta unidad que emana de la poesía que firma con su propio nombre.

Si es cierto que Pessoa juega, habrá que decir que juega a lo que cree. Y él cree, con Wilde, que «es conveniente ser un poco improbable». De tal modo fuerza a reconocer la sinonimia entre lo real y lo imponderable.

Vallejo tampoco se deja asir como un Yo de contenidos determinables por vía racional o definitoria. Su lenguaje desbarata las analogías asentadas por el sentido común. En la crispación atormentada de su palabra está el mensaje. Un mensaje que, ante todo, nos muestra, con transparencia conmovedora, la evanescencia del pacto entre la emoción y su conciencia lineal. Al contemplarse —subraya Vallejo— el hombre se extraña. Reconoce rota la intimidad que, como un eje ontológico, lo sustentaba en la certeza de ser. Vallejo dice *Yo* para decir con Rimbaud, el *Otro*.

Pero si las modalidades poéticas difieren en el procedimiento estilístico para coincidir en el fin buscado, no se podrá decir lo mismo de las sendas político-ideológicas recorridas por Vallejo y Pessoa: ellas coincidirán en el empleo del procedimiento lógico que las sustenta y diferirán, en cambio, en el fin social al que aspiran.

Pessoa simpatizó e incluso exaltó el corporativismo salazarista. Celebró sin retaceos la dictadura militar. Vio en las tesis represoras y autoritarias vigentes en su país desde 1927, un modelo de organización colectiva apropiado para una sociedad que, según él, había perdido su norte histórico: el imperial. Es decir que, en el plano político, Pessoa se identificó con un modelo de extrema derecha, altamente centralizado en la figura de un líder carismático y apegado al dogma en todos los órdenes de su acción administrativa.

Disuelto el proyecto republicano portugués que siguió a la caída de la monarquía, barridas las libertades públicas, homologadas al delito las iniciativas democráticas, la pequeña nación peninsular se hundió en la letanía del silencio obediente. Y Pessoa la acató. ¡Curiosa, dramática opción política para un hombre que remarcaba, en su tarea vocacional, la insondable verdad del polifacetismo y la inagotable validez de los matices! El vértice opuesto, precisamente, al de la cosmovisión que implica la creación de la heteronomía.

No fue éste el caso de Vallejo. A medida que se aproximaba al final de su corta vida, Vallejo fue adhiriendo, con igual obstinación que Pessoa al comienzo de su labor creadora, al extremo opuesto: el del comunismo soviético. En las prometedoras banderas de la revolución proletaria y la redención de los humildes a través de la lucha armada, los ojos de Vallejo, sedientos de justicia, vislumbraron el horizonte de la fraternidad universal. ¡Sorprendente esquematismo apostólico en un hombre que palpó como pocos la inconsistencia de todos los reduccionismos!

Así, ambos poetas, medularmente densos y devotos de la complejidad en el plano literario, evidenciaron ser sumamente simplistas en el terreno ideológico-político. Es que adoptaron en éste posturas reñidas en lo esencial con sus procedimientos estéticos de vanguardia y, básicamente opuestas al espíritu radicalmente crítico y antiaxiomático que gobierna sus respectivos planteos poéticos. Y si, con ánimo contemplativo, se me dice que lo hicieron condicionados por el inevitable influjo de las ideas y presiones de su tiempo, responderé que no menos determinantes, como factores de condicionamiento, fueron los criterios artísticos convencionales tan difundidos por entonces como en cualquier época y con los que, sin embargo, Vallejo y Pessoa supieron romper.

No, la genialidad artística no inmuniza contra la estrechez perceptiva en otros órdenes del entendimiento y, menos aún, contra la subordinación a necesidades tan íntimas como fueron las que, a Pessoa y a Vallejo, los impulsaron a definirse, respectivamente, por un imperialismo de corte místico y un profetismo revolucionario de izquierda.

Es cierto: Vallejo y Pessoa no son los únicos casos en la historia de la literatura que prueban lo que decimos. Balzac, en el siglo XIX es, se ha insistido en ello, otro elocuente ejemplo de lo mismo. Como lo fueron, en el nuestro, Ezra Pound o el talentoso Borges en el instante penoso en que exaltó las dictaduras latinoamericanas. Pero lo llamativo, en los casos de Vallejo y Pessoa, es cómo desembocan en sus respectivas convicciones y propuestas ideológicas; convicciones y propuestas tan antagónicas entre sí en un plano manifiesto aunque muy similares si las evaluamos como modelos de pensamiento al servicio de un ideal absoluto. Es decir que Vallejo y Pessoa también se parecen en el modo de razonar la política aun cuando, argumentalmente, sus planteos sean distintos.

Pienso, desde hace mucho, que la heteronomía pessoana puede interpretarse como una bellísima dramatización en torno al desmembramiento y decadencia del viejo imperio lusitano. Desarticuladas en segmentos territoriales a los que el idioma del amo dio su primera y última unidad, las posesiones portuguesas de ultramar, en los albores de nuestra centuria, sólo eran una sombra de lo que hasta allí habían sido. Y, ante todo, era una sombra, un palidísimo reflejo de su plenitud pasada, la metrópoli de ese imperio agonizante — Lisboa.

Aún así, a principios del siglo XX, Lisboa se aferra a la idea de preservar, bajo su herrumbrosa corona, todas esas posesiones. En especial, las garras del extenuado colonialismo luso se hunden en el Africa. Y hundidas siguieron allí hasta la «Revolución de los claveles». Pero Portugal, más allá de su presencia en suelo africano, chino e indio, ha muerto como imperio. Ensimismado, teniendo como interlocutor dilecto al fascismo de España, Portugal es, a todas luces, más apariencia que realidad — fragmentos, dispersión, retórica unidad. En cada una de esas partes atomizadas puede presentirse la evanescente presencia del todo perdido. Sólo presentírsela, como a una estela esfumada, porque allí no está ni cabe ya. Totalidad sin centro, diáspora incesante, el desestructurado imperio portugués del siglo XX pareciera encontrar en la heteronomía pessoana su metáfora perfecta. Si Luiz Vaz de Camões fue el mágico cantor del poderío imperial, Pessoa lo fue de su ruina y su derrumbe. Cada heterónimo es, al unísono, todo Pessoa y, sin embargo, no es más que una parte de él; toda la cultura de Portugal y sólo una parcela de ella.